

—
TERCER AÑO.
—

Tercer año de Derecho Canónico.
Primer año de Teología Moral.
" " " Liturgia Sagrada.

—
CUARTO AÑO.
—

Derecho Patrio.
Segundo año de Teología Moral.
Liturgia Sagrada.
Oratoria Sagrada—Canto Eclesiástico.
Cátedra superior de Lengua Castellana
(Curso libre.)



EXPOSICION RAZONADA
DEL
ANTERIOR PLAN

LA traza de un Plan de Estudios pide la resolución previa de gran número de cuestiones abstractas; tales son las siguientes: ¿Qué materias han de ser objeto de la enseñanza? ¿En qué orden y dentro de qué límites deberán estudiarse? ¿Cuáles exigen atención preferente y mayor detenimiento? ¿Qué importancia se ha de dar al conocimiento y práctica de los procedimientos lógicos, y cuál al cultivo del espíritu y de sus diversas facultades cognoscitivas? ¿Qué sistema deberá adoptarse: por ventura el especia-

lista, que durante el año escolar, emplea las fuerzas intelectuales de los alumnos, en el estudio relativamente profundo de una sola materia, ó el enciclopédico, que en el mismo tiempo, aplica la inteligencia del escolar á varios ramos del saber? ¿Habrá de preferirse en los cursos de un seminario la variedad á la profundidad, ó bien la profundidad en los conocimientos del todo necesarios al eclesiástico, como el Latín, la Filosofía y la Teología, y la variedad en los que simplemente son útiles, como la Historia Natural y la Química?

Imposible sería discutir prolijamente en esta breve exposición todas y cada una de las cuestiones propuestas, que sólo en grueso volumen cabrían con holgura. Ni necesito en el caso presente apurar el raciocinio, hasta llegar á las últimas consecuencias; por fortuna para mí, hablo á un auditorio selecto, que por su cultura intelectual, sabrá llegar por sí solo, hasta donde fuere necesario, y aun descubrir en las cuestiones que he de tocar, aspectos y soluciones que yo no haya ni siquiera vislumbrado.

Los que piensan que la enseñanza escolar no tiene más objeto que allegar conoci-

mientos que proporcionen cierto grado de erudición científica, ponen en olvido que con el cultivo de las ciencias, no sólo hemos de proponernos enriquecer nuestra inteligencia con cierto número de verdades; sino que en él hemos de mirar una especie de gimnasia intelectual, que desenvuelva las diversas facultades del espíritu, de suerte que ninguna de ellas se perfeccione con detrimento de las que le son antagónicas, y que además ejercite todos los procedimientos de inferencia.

Si en la elección y orden de las materias de asignatura, no se pierde de vista este intento nobilísimo, logrará establecerse hasta donde es posible perfecto equilibrio en las facultades de nuestra mente, y esto le proporcionará dos grandes cualidades: “la *receptividad*, en virtud de la cual se habilitará á recibir, sin esfuerzo, todo linaje de conocimientos, y la *flexibilidad*, por la que podrá atemperarse á exigencias opuestas, descendiendo ya rápida, ya lentamente desde las elevadas cumbres de la abstracción y de la generalización, hasta las llanuras risueñas y floridas de la fanta-

“sía” (1) y pasando con igual agilidad de los procedimientos deductivos á los inductivos, ó de los analíticos á los sintéticos.

Una disciplina intelectual de esta especie influye grandemente en el criterio científico, dando al espíritu amplitud y elevación de miras; pero ya se deja entender que tales ventajas no se podrán alcanzar en el sistema de enseñanza que he llamado especialista. En tal sistema el criterio es estrecho, como que no traspasa nunca los lindes de una sola ciencia ó de un solo método científico, y no sólo es estrecho, sino también falso, cuando se le quiere aplicar á ciencias de índole lógica enteramente diversa. Así el matemático se extravía en cuestiones morales, si pretende aplicarles el rigor inflexible de las deducciones geométricas; así también el naturalista no puede comprender, las abstracciones altísimas del metafísico, al paso que éste desdeña las pacientes y laboriosas observaciones del primero.

Pero quien cultiva por igual diversos órdenes de ciencias, posee, siquiera de un modo inconsciente, los métodos que le son

[1] Pasaje tomado de un folleto mío.

propios, en medio de sus diferencias, descubre sus afinidades, y pone la consideración en las relaciones que enlazan con parentesco cierto á ciencias que á primera vista se juzgaban extrañas entre sí.

Las razones aducidas justifican, cuando menos, la conveniencia de la enseñanza enciclopédica; pero no basta que sea conveniente, es preciso hacer constar su necesidad.

Nadie objetará nada contra el estudio del Griego, muy útil desde el punto de vista filológico y literario, y necesarísimo desde el exegético; pero tal vez no quepa la misma suerte á algunas de las ciencias mencionadas en el proyecto. Quizá se piense que este Plan asegure la educación científica de los seminaristas, ya por la índole de las materias, ya por el orden en que coloca algunas de éstas.

Sin embargo, en todos tiempos los Padres de la Iglesia y otros escritores ortodoxos eminentísimos han juzgado necesario que el sacerdote católico posea los conocimientos científicos de su época, para que dueño de la verdad, pueda ser también defensor y dispensador de ella.

Vuestra notoria erudición me excusaría de aducir cita alguna en comprobación de este hecho; pero como sea necesario satisfacer también á los indoctos, traeré á la memoria algunas palabras célebres de escritores tan respetables por su ciencia como por la pureza de su fe.

S. Clemente de Alejandría en un capítulo de sus Stromata decía "que una ciencia *extensa y variada* recomienda al que expone los grandes dogmas de la fe en el ánimo de sus oyentes, inspira admiración á sus discípulos y los atrae á la verdad." Sabido es cuanto defendió S. Basilio el estudio de las letras profanas, y S. Gregorio Nacianceno en la oración fúnebre de su grande amigo, se produce en estos términos: "Juzgo que todo hombre de juicio sano concederá que la ciencia debe mirarse como el primero de todos los bienes terrenales; y no hablo *solamente de esa ciencia que hay en nosotros*, y que desprecian todo adorno exterior, se dedica exclusivamente á la obra de la salvación y á la belleza de las ideas intelectuales, sino también de esta otra ciencia que viene de fuera, y que algunos cristianos equivocan

dos desechan como falsa, peligrosa y capáz de desviar el espíritu de la contemplación de Dios." Haré caso omiso de S. Agustín, de S. Juan Crisóstomo y de otros eminentes escritores, para llegar al famoso abad de Claraval, que en su sermón 36 *super cantica* dice á su auditorio: "Tal vez os parecerá que yo aprecio poco la ciencia, que casi vitupero á los sabios, y que prohibo el estudio de las letras: no lo quiera Dios. No ignoro cuánto han servido y sirven ahora los sabios á la Iglesia, ya refutando á sus enemigos, ya instruyendo á los ignorantes; y he leído: Porque tú desechaste la ciencia, yo te desecharé á tí, para que no desempeñes el ministerio sacerdotal."

La necesidad de refutar á los enemigos de la Fe, á quienes se refiere S. Bernardo, no ha desaparecido, antes cada día es más apremiante; pero como el enemigo ha cambiado de armas, nosotros tenemos que hacer lo mismo, surtiéndonos de ellas en sus propios arsenales.

En los tiempos que alcanzamos, multitud de cuestiones teológicas ó exegeticas son examinadas á la luz de la Física, de la Quí-

mica, de la Filología, de la Historia Natural y de otras muchas ciencias, cuyo recuento no es necesario hacer; y el sacerdote católico, que no teme la luz, debe pisar con firmeza el terreno científico en que se le quiere colocar, y demostrar con gran copia de erudición, que no hay conflicto posible entre la Ciencia y la Fe.

Desgraciadamente la mayor parte de los sabios ignoran cuáles son las enseñanzas de la Iglesia sobre muchas cuestiones teológico-científicas y no faltan teólogos, que desprovistos de erudición profana, juzgan de algunas teorías científicas con criterio estrecho, asustadizo y á veces falso.

Estos hechos demuestran hasta la evidencia que la educación del clero ha de ser eminentemente científica. Sólo un clero sabio podrá defender del lobo rapaz á las ovejas que le están encomendadas, y sólo á poder de ciencia, atraerá al seno de la Iglesia á quienes se alejen de ella, más por error é ignorancia que por ahincado odio.

De todo lo expuesto se colige que la instrucción debe adaptarse á los tiempos en que le toque vivir. Si San Gregorio Magno concordaba las Sagradas Escrituras con las

doctrinas de los filósofos gentiles; [1] á nosotros toca poner de resalto la armonía en que viven con la doctrina católica las ciencias experimentales y las de observación. Así lo reconocieron inteligencias de primer orden como el canciller Bacon, el insigne cardenal Wisseman, Moigno, Perrone, Vigouroux, el sapientísimo cardenal González y otros muchos cuya ennumeración sería interminable. Pero si no me es dado mencionar á todos esos ilustres varones, me permitiréis, al menos, que autorice la tesis que en estos momentos defiendo con pasajes muy notables de algunos de los insignes escritores que he nombrado. El último de los citados se produce así en su obra intitulada "La Ciencia y la Biblia" "Despréndese de lo dicho que si no deben prescindir de las ciencias físicas y naturales en su estado actual los escritores católicos que traten de Historia, de Filosofía, de Controversia, de Antropología, etc, mucho menos pueden excusarse de adquirir conocimientos de aquella índole el teólogo y el exé-

[1] En su libro contra Joviniano dice: *Hæc autem pauca de Scriptura posuimus, ut congruere nostra eum philosophis doceremus.*

“geta. Porque si la Historia Eclesiástica
“debe estudiar y analizar y fijar el sentido
“y alcance de los documentos nuevos que
“se refieren á la Iglesia de Cristo; si la
“Dogmática especulativa debe seguir paso
“á paso los desarrollos seculares de la Me-
“tafísica, y tener conocimiento de los prin-
“cipales sistemas y tesis pertenecientes al
“citado orden metafísico; si la Filosofía
“Cristiana debe tomar en consideración los
“descubrimientos realizados en la Psicolo-
“gía, la Fisiología, la Biología, con otras
“ciencias experimentales que encierran con
“aquella relaciones más ó menos directas,
“así como también de los sistemas cosmo-
“lógicos y de las recientes teorías astronó-
“micas y geogénicas, parece indudable que
“la Exégesis y la Teología cuyos puntos de
“contacto con las mencionadas ciencias físi-
“cas y naturales, á la vez que con la Filología
“en sus múltiples é importantes manifesta-
“ciones modernas son evidentes, se hallan
“en el caso ó digamos mejor, tienen el deber
“de no entrar en liza con los enemigos de la
“Fe y de la Iglesia, con los representantes de
“la moderna idea racionalista, sin poseer
“conocimientos relativamente extensos y

“sólidos en las ciencias citadas” Ponde-
rando esta necesidad y este deber, el sa-
bio abate Vigouroux ha escrito en su obra
que lleva por título: “Los Libros Santos
“y Crítica Racional” estas notables pala-
bras: “Las objeciones científicas raras y
“de no gran alcance en otros tiempos, se
“han multiplicado en nuestros días, adqui-
“riendo importancia á causa de los extra-
“ordinarios progresos verificados en el te-
“rreno de las ciencias. A exponer y desa-
“rollar estas objeciones se han dedicado
“los adversarios de la Revelación, para
“batir en brecha nuestros libros santos.
“En nombre de la Geología impugnan el
“relato de la Creación del Mundo; preten-
“diendo que es inconciliable con los des-
“cubrimientos geológicos; en nombre de la
“Astronomía sostienen que Moisés y los de-
“más autores sagrados atribuyen á la Tie-
“rra en el sistema del Universo un papel
“que no le corresponde; en nombre de la
“Paleontología quieren retirar los oríge-
“nes de nuestro globo y del hombre mucho
“más allá de los límites que se le habían
“señalado; en nombre de la Historia Na-
“tural tachan de erróneos ciertos pasajes

“de nuestros libros santos.” No son menos explícitos Perrone al fin de su Tratado de “Locis Theologicis” y el cardenal Wiseman en sus discursos sobre las relaciones que existen entre la Ciencia y la Religión Revelada. Ponen el sello con su autoridad suprema á la verdad de esta tesis el reciente Concilio Vaticano y el Inmortal Pontífice León XIII. La augusta asamblea en el capítulo IV de su Constitución Dogmática hace la importante declaración que sigue: “*Quapropter tantum abest ut Ecclesia humanarum artium et disciplinarum culturae obsistat, ut hanc multis modis juvet atque promoveat. Non enim commoda ab iis ad hominum vitam dimanantia aut ignorat, aut despicit; fatetur imo eas quemadmodum á Deo scientiarum Domino profecta sunt, ita si rite pertractentur, ad Deum, iuvante eius gratia, perducere.*” El santo y sabio Pontífice que hoy llena el mundo con su nombre, en su breve de *Studiis humaniorum litterarum* encarece la necesidad de que el clero florezca por el conocimiento de las ciencias hoy cultivadas con ardiente empeño, y la expresa en estas frases: severas y elocuentes: “*Quibus necessitatem rei maiorem*

“*efficit natura temporum, propterea quod in tanto ingeniorum cursu, tamque inflammato studio discendi, nequaquam posset Clerus in muneribus officiisque suis, cum ea quae par est dignitate atque utilitate versari, si quae ingenii laudes tanto opere expetuntur a ceteris, eas ipse neglexerit.*”

El espíritu de bien entendido progreso que se transparenta en cuantas autoridades llevo citadas, en todos tiempos ha vivificado á la Iglesia y ha resplandecido en sus obras; no es necesario citar ahora cuanto ha hecho por las ciencias, aun en los tiempos más caliginosos para ellas; pero á lo menos haré memoria de los afanes sin cuento del célebre Gerberto, que gobernó á la Iglesia con el nombre de Silvestre II. Después de haber frecuentado las academias en Sevilla, Córdoba y Toledo, (1) según nos informa Balmes, “estuvo en comunicación científica con los judíos y con los árabes. A su estudio y talento debe la Europa sus primeros pasos en las ciencias naturales. Basta recordar que en el siglo X, llamado

[1] D. José Amador de los Ríos niega que Gerberto haya estado en España.

“de hierro, tuvo cátedras de Matemáticas, “Astronomía y Geografía. Inventó una tabla por la cual explicaba con caracteres convenientes las operaciones de Aritmética. Construyó la esfera, á fin de mostrar el movimiento de los astros, y escribió varios tratados de Geometría.” Por último, él fué también quien introdujo en Europa el uso de los caracteres arábigos. No deberá, pues, causar extrañeza, ni menos motivar censura justa que hoy, casi diez siglos después, conservemos en un Seminario de eclesiásticos las cátedras que él regentó, y establezcamos algunas otras que también él habría creado, si en su época hubieran existido las ciencias que en ellas se han de enseñar.

Entiendo, pues, que el plan de estudios sometido á vuestras deliberaciones ni aseglara la educación del clero, ni menos desencadena sobre él los vientos de los errores reinantes por el mero hecho de proponer el estudio de las ciencias físicas y naturales, con tal de que los textos que se escojan para la enseñanza sean de autores conocidamente ortodoxos.

Juzgo además, que al formar el plan de

Estudios que deba regir en el Seminario, se ha de procurar que el clero no quede fuera del movimiento intelectual que hoy se verifica en todas partes y también en nuestra Patria.

En la actualidad se cursan elementos de las ciencias exactas, físicas y naturales, aun en las escuelas primarias superiores, así oficiales como particulares; tanto de varones como de niñas, y en colegios católicos de primer orden dedicados á la enseñanza de estas últimas.

A cada paso acaecerá que los cursantes de estos planteles acudan en sus dudas á los eclesiásticos cuyo trato frecuentan, ó que ocurran al párroco ó al confesor, si por ventura tales dudas son de aquellas que inquietan la conciencia; y no sería decoroso que salieran de labios infantiles dificultades y hasta objeciones teológico-científicas que un sacerdote católico no comprendiera y menos acertara á resolver.

Debo también hacer constar que este plan de ningún modo intenta sacrificar á las ciencias mencionadas la extensión y profundidad con que deben estudiarse las eclesiásticas y la lengua propia de ellas que es

la latina. No pide el presente proyecto que en el Seminario se cursen la Química y la Historia Natural con la vastedad y amplitud que se da á su estudio en las escuelas oficiales, sino según los compendios que se han adoptado en San Sulpicio y en otros seminarios de Francia.

La prioridad que se da á las matemáticas con respecto al latín en el primer año de Estudios Preparatorios ha de ser motivo de extrañeza para muchos que piensan que las ciencias exactas, según este plan, usurparían á la lengua latina el lugar preeminente que de derecho le corresponde en los estudios eclesiásticos. Mas las consideraciones que voy á someter á vuestro ilustrado criterio, quizá tengan eficacia para demostrar que el orden propuesto en la enseñanza de ambas materias es favorable á una y á otra, en vez de serles adverso. Quiero además hacer constar que la *prioridad* concedida al primer curso de matemáticas respecto de la Analogía Latina, de ninguna manera es *primacia*. Expondré, pues, las razones que hay, para comenzar los estudios preparatorios por el primer curso de matemáticas y las que hay asimismo, para

retardar un poco el comienzo de la Gramática Latina.

Parece indudable que una rigurosa disciplina intelectual exige que, quien se consagra á la adquisición de un gran cuerpo de conocimientos formado por grupos diferentes de ciencias diversas, haya de comenzar su tarea por el estudio de las verdades menos complexas, más fácilmente perceptibles y aplicables á otras muchas ciencias que de ellas dependen, y de ellas reciben incremento y ayuda.

Desde muy antiguo se creyó que tales caracteres reclamaban para las matemáticas la prioridad en el estudio. Platón mandó esculpir á la entrada de la academia esta conocida inscripción: "Nemo huc intret geometriæ ignarus". Xenócrates que llevó á la Escuela Platónica la fórmula y el simbolismo de los pitagóricos, solía decir que la Aritmética y la Geometría eran las asas de que nos servíamos para tomar la Filosofía.

Sin embargo, se cree generalmente que las ciencias exactas, por su índole abstracta, ofrecen á los principiantes graves dificultades. Tal vez sea esto cierto, si se trata de la parte más elevada de las matemáti-

cas; pero las abstracciones propias de los elementos de Aritmética, Algebra y Geometría son de las más fáciles. ¿Qué cosa más hacendera, que tomar en cuenta el número, y prescindir de las cosas numeradas, para fijar la atención, de un modo exclusivo, en los procedimientos del cálculo? Así mismo nada es más llano que desentenderse después del número mismo, y considerar simplemente las relaciones que ligan á las cantidades, para llegar al Algebra ó ciencia de las Funciones, y por último, representarse aisladamente las dimensiones de los cuerpos, para estudiar con más facilidad las relaciones de forma, posición y magnitud. Alivia en el presente caso la tarea del entendimiento el que todas estas abstracciones están representadas por algo sensible; ya sea el guarismo ó la letra, ya el signo ó la figura, y todo ello ofrece cómodo asidero á la inteligencia, para aprehender la abstracción ya hecha, y á la memoria, para retenerla. Ni es cierto que en todo caso las nociones abstractas sean las menos accesibles á nuestro entendimiento. Las de orden menos elevado son por el contrario las que están más al alcance de la inteligencia,

porque tanto mejor percibimos una idea, cuanto es menos complexa, pues la simplicidad de su objeto divide y fatiga menos nuestra atención.

Quien haya ejercido el magisterio habrá observado que las demostraciones y operaciones algebraicas por su naturaleza más abstractas que las aritméticas, son también más fáciles; así es que ofrece sin duda más tropiezos y más ocasión de errar una multiplicación de números complexos que otra multiplicación hecha con cantidades literales. Adviértase finalmente que si es labor ardua la del que por primera vez separa ideas que siempre han estado transfundidas una en otra y casi confundidas, no lo es en el mismo grado, percibir abstracciones sencillas, ya hechas por otros, y ésta es precisamente la tarea que se impone al escolar que estudia un curso de Matemáticas.

Justifica además la prioridad que se da á las Matemáticas, la necesidad que tienen de ellas las ciencias que estudian la materia en sus diferentes estados ó manifestaciones. No se puede negar que "las variaciones de cualidad en una clase de fenómenos co-

“responden regularmente á variaciones de cantidad, ya en los mismos fenómenos, “ó ya en otros.” y de aquí la influencia del cálculo y de la Geometría en muchos ramos del saber, á los cuales comunican su carácter deductivo y científico. El matemático encierra en breve fórmula, así las leyes físicas y químicas de los seres creados por Dios con peso, número y medida, como las no menos admirables que gobiernan á los mundos estelares, y con mano segura traza las órbitas que recorren estos eternos viajeros, al través de las inmensas soledades del espacio.

Deben también ocupar las Matemáticas la primera grada de los estudios preparatorios, porque ejercitan constantemente la inteligencia en todo linaje de procedimientos lógicos: en sus demostraciones alterna la deducción, que es la más usada, con la inducción, y el análisis con la síntesis. Su lenguaje es modelo de exactitud, concisión y propiedad; y en sus definiciones, germen fecundo de numerosos teoremas, rivaliza muchas veces la síntesis de elevadas concepciones con la precisión y claridad de los términos.

Puede, por lo mismo, decirse que los cursos de primero y segundo año de Matemáticas serán ejercicios lógicos que dispondrán el espíritu de los alumnos para estudios posteriores, desarrollando sus facultades y habituándolos práctica é inconscientemente á inducir y deducir, á sintetizar y analizar, á dividir y clasificar.

Tampoco debemos poner en olvido el carácter de completa y universal certidumbre que, por caso excepcional, distingue á las verdades matemáticas. “Su evidencia ora inmediata, ora mediata reúne en común acuerdo á todas las inteligencias, que en otras ciencias suelen hallarse divididas por lastimosa é irremediable anarquía; pues no siempre las observaciones y ensayos inciertos de los sabios conspiran al mismo fin, ni conducen á idéntico resultado.

“Las Matemáticas, siempre infalibles en sus pronósticos, y exactísimas en sus procedimientos, no engañan jamás á quien las interroga, por lo cual son las más apropiadas para inspirar al principiante fe ciega en la ciencia, fe tan necesaria, que sin ella á poco andar, retrocedería desco-

“razonado por las aberraciones de la inteligencia que en otras ciencias son inevitables. Resérvense, pues, los desengaños dolorosos que los hombres científicos deploran, para años más adelantados de la carrera, cuando ya el alumno haya cobrado amor al saber y al estudio.” (1)

Conforme al plan propuesto debe empezar el estudio de latinidad en el segundo año de la enseñanza preparatoria; habrá tal vez quien juzgue que comienza tarde; yo, por el contrario, todavía lo considero prematuro. Si fuera practicable, sería preferible colocar el primer curso de Latín en el tercer año, después que los alumnos hayan recibido el cultivo intelectual indispensable, para cursar materia tan importante con la extensión, profundidad y aprovechamiento que ella reclama. El eminente humanista “La Harpe” deploraba que se le hubiese obligado á estudiar Gramática latina, siendo aun muy niño. Una balumba de reglas generales y excepcionales, agobiaba su memoria, sin que su inteligencia, según

[1] Lo que está entre comillas se ha tomado de mi “Exposición Razonada sobre modificaciones á la ley de instrucción pública.”

afirmaba él mismo, hubiese sacado provecho de tan ruda tarea, ni hubiera tomado gran parte en ella. Mas cabalmente á la inteligencia corresponde participación no escasa en el estudio de la Gramática, si es que la enseñanza de esta materia ha de convertirse de empírica, que ha sido casi en todas partes, en racional y científica.

Preciso es confesar que la empresa está erizada de dificultades, pero debemos hacerles rostro con el intento generoso de levantar entre nosotros el nivel bastante deprimido de los estudios filológicos.

Entiendo además que la enseñanza del latín ha de ser paralela á la del castellano, de manera que resulte de ella un estudio comparativo de ambos idiomas. Punto es éste de capital importancia, y me permito suplicar á esta respetable junta se sirva fijar en él su atención.

El curso previo de Gramática Castellana que debe hacerse en el primer año, prepara al alumno para el de latín; así es que ya podrá ponerse en sus manos una Gramática que enseñe simultáneamente ambas lenguas, haciendo el cotejo de sus giros y modismos, de sus reconditeces y primores,

mediante escogida y copiosa colección de frases y locuciones tomadas de los clásicos.

Cuando el cursante haya podido allegar considerable caudal de frases latinas y castellanas, en que rivalicen la propiedad y pureza de las voces con la elegancia de la sintaxis; cuando este estudio comparativo hecho á la luz de un texto apropiado, le revele cómo puede nuestro idioma imitar y aun copiar las bellezas de la lengua madre, y traducir los modismos de ésta en otros equivalentes nuestros; cuando haya presenciado cómo el autor y el profesor que le sirven de guías, infieren del uso de los clásicos las reglas gramaticales, podrá ufanarse de haber recorrido con provecho una parte de la senda que hay que andar en el estudio profundo del latín y del castellano; y esa parte es la que él necesita conocer. Habrá aprendido la Gramática Clásica que considera las lenguas como instrumento indispensable para expresar el pensamiento con claridad, propiedad, pureza y elegancia, y como el recurso más apropiado para realizar la belleza por medio de la palabra en las regiones serenas donde impera el Arte.

Pero ignorará todavía la Gramática Histórica, que pone en nuestro oído, ora los vocablos y giros de formas mudables é indecisas que balbucean torpemente los idiomas en su infancia; ora el acento viril y grandilocuente, la frase desembarazada ó elegante, la dicción abundosa y castiza con que se expresan las lenguas durante su juventud y edad madura; ora en fin la locución desmañada, oscura y vacilante que profieren con voz apagada y casi extinta, al tocar los lindes de la extrema vejez.

Ignorará también la Gramática Filológica, que mirando las lenguas como organismos vivientes, sorprende los secretos de su formación, descubre y señala sus alteraciones fonéticas y su *renovación dialectal*; pone de manifiesto las afinidades y semejanzas que tienen entre sí, y formula las leyes que siguen en sus transformaciones, ya se verifiquen éstas por evolución, ó ya por corrupción.

No juzgo que en un Seminario deban enseñarse ni una, ni otra gramática de la lengua latina; ni la Histórica y Filológica como la de Guadia y Wierzeisqui, ni la esencialmente filológica de Federico Diez; sino